JULIÁN MARÍAS Y SUS MAESTROS DE LA ACADEMIA: GARCÍA MORENTE, ZARAGÜETA Y BESTEIRO

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Helio Carpintero Capell *

La reciente muerte de Julián Marías ha provocado, como era de esperar, un considerable aluvión de comentarios y de recuerdos, entre cuantos lo admiraban, y entre los muchos discípulos cercanos o lejanos que han valorado su entrega de tantos años a la vida del pensamiento y de la cultura.

He pensado que, en su honor, tenía sentido recordar en esta Casa ciertos lazos singulares que le ligaron al magisterio de algunos miembros de la misma, con quienes vivió en sintonía de inquietudes y actitudes, tejiendo una sutil red que lo enlaza espiritualmente con el proyecto cultural genérico que esta Institución representa.

Es conocido el hecho, por otra parte, de que no faltaron gestos cordiales de algunos de nuestros compañeros con los que se trató de atraerle a entrar en ella. Recordaré también a este respecto el premio «Eloy Montero Gutiérrez» que la Academia le concedió por unanimidad en 1996. Se entenderá fácilmente la satisfacción que me habría cabido, dada mi condición de discípulo suyo, de haberlo podido encontrar aquí, cuando tuve el honor de ser llamado a formar parte de los miembros de esta Casa. Pero entiendo y respeto la que fue su voluntad, y sólo pretendo ahora subrayar algunos de sus más visibles nexos con quienes fueron a un tiempo miembros de esta Academia y maestros suyos.

---

* Sesión del día 7 de marzo de 2006.

Me referiré, básicamente, a tres figuras de nuestra Academia, con las que Marías mantuvo una mayor o menor relación discipular; en concreto, deseo mencionar sus relaciones académicas con dos profesores: con el que fuera su maestro de filosofía y decano de la Facultad de sus años de estudiante, don Manuel García Morente; y con el catedrático de pedagogía don Juan Zaragüeta, en quien encontró un activo apoyo en los años de posguerra. Los dos están relacionados con la complicada historia de su doctorado, como enseguida diré. El tercero es el catedrático de lógica de aquella misma Facultad, don Julián Besteiro, con quien colaboró de modo muy singular en los últimos días de guerra civil en 1939, cuando aquel era figura señera en el Consejo Nacional de Defensa de Madrid, al que Marías apoyó en su proyecto de hallar un final a aquella tragedia.

Se podrá decir que, al entrar en el campo de relaciones en que ahora penetramos, cabría añadir otras más a las que aquí he seleccionado. Para no ir más lejos, se podría subrayar también el hecho de haber sido académico electo de nuestra Academia don José Ortega y Gasset, quien por razones que no me son claras no llegó a tomar posesión de su plaza. La relación de Marías con Ortega no necesita ser ponderada aquí. También es notable su relación de amistad y admiración intelectual que le uniera con Salvador de Madariaga, otro admirado maestro miembro en su día de nuestra Casa; al reintegrarse éste a su sillón de la Real Academia Española, fue Marías quien hizo la contestación al discurso de ingreso, con palabras que expresaban bien la satisfacción de aquella corporación por una incorporación que la tornaba a completar, superando las limitaciones que le habían sido impuestas tras la guerra civil. En todo caso, he querido atender a la historia de las conexiones con esos tres maestros universitarios de Marías, con la esperanza de acercarlo un poco más a nuestra Academia, cuyos tres valores centrales, «Verum, iustum, pulchrum», podrían compendiar, unidos a un cuarto valor, «libertas», los puntos básicos de referencia en el firmamento moral por él reconocido.

LA RELACIÓN DISCIPULAR CON MANUEL GARCÍA MORENTE.

Julián Marías, nacido en Valladolid en 1914 y establecido con su familia en Madrid desde 1919, se interesó desde niño por los temas de la cultura y la historia en diálogos con su padre, y, tras un brillantísimo bachillerato en el Instituto de San Isidro, entró en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en 1931, muy pronto dirigida por el catedrático de ética don Manuel García Morente, decano desde el siguiente año de la misma, hasta 1936.

La relación de Marías con su decano empezó a germinar desde la primera hora de su entrada en la universidad. Morente era profesor de los alumnos de

primer año en un curso de «Introducción a la filosofía». Pero creo que, para cuantos hemos llegado a la figura de Morente a través de la de Marías, habría que empezar a considerar esta relación por el final. Y el final es el corto espacio de la vida de aquel en España tras la guerra civil.

En la España franquista, se había considerado una gran suerte que el profesor García Morente, figura de la Facultad de Filosofía madrileña en los años de la república, hubiera vivido durante la guerra civil la gran experiencia de su conversión al catolicismo, y hubiera solicitado y logrado convertirse en sacerdote. Morente había sido una figura muy prominente dentro del círculo intelectual liberal más activo en los años de la II República. Era persona formada en su juventud dentro del marco de la Institución Libre de Enseñanza, discípulo de Giner —como recordó don Adolfo González Posada al recibirle en esta Academia el 24 de enero de 1932 (G. Posada, 1932)—, traductor de Natorp y promotor en España de la pedagogía social de aquel; había sido uno de los más notables seguidores de Ortega en lo filosófico y compañero suyo en empresas como la Liga de Educación Política (1914). Había sido, sobre todo, alma de aquella Facultad madrileña que tan extraordinario relieve había alcanzado en los años anteriores a la guerra civil. También mantuvo una presencia muy activa en la editorial Calpe, y en general, en el proceso de europeización que habían promovido los hombres de su generación. Su enorme labor de traductor se entiende bien desde estas mismas coordenadas.

Al término de la guerra, la Facultad de Morente era una ruina. Físicamente, porque el frente de Moncloa había sido sistemáticamente batido desde las colinas de la orilla de enfrente del Manzanares, pero sobre todo intelectualmente, porque muchos de sus más egregios miembros —Ortega, Gaos, Sánchez Albornoz, Américo Castro, Besteiro, Luzuriaga, Salinas, Millares, Navarro Tomás, María de Maeztu, Barnés...— se habían exiliado, habían muerto, o habían perdido allí su cátedra —como fue el caso de Zubiri—, y el proyecto intelectual que aquel centro había representado fue sustituido por otro más acorde con el espíritu fuertemente integrista del franquismo.

Bastarán tres citas para recordar aquel singular espíritu. En una presentación del nuevo diseño educativo, resumido por el P. Enrique Herrera Oria, S.I., se dibuja el perfil de la «Universidad en la España Imperial y en la nueva España» de este modo: «"Todas las Universidades son oficialmente católicas. Por tanto se regulan, en cuanto a la enseñanza, por las normas del Derecho canónico. El Concordato de la Santa Sede determinará la forma de intervención de los ordinarios en lo que a la fe y costumbre se refiere". En la nueva España se trata de restaurar el espíritu de la tradición imperial. Quiere esto decir que así como antiguamente, todas

las Universidades... eran y no podían ser de otra manera sino católicas: así en la Nueva España» (Herrera, 1941, 449-450). El segundo, de un notable médico e intelectual, Juan José López Ibor, definidor de las esencias de la institución universitaria en un conocido «Discurso a los universitarios españoles»: «La universidad española, si quiere volver a existir con pujanza... tiene que ser imperial... Esta es la tarea de la Universidad futura; para ella tenemos el venero de nuestra tradición cultural y el designio de lanzar un tercer humanismo... que no sea ...una mezcla de paganismo y cristianismo, sino un cultivo de los más puros valores humanos, tanto inmanentes como trascendentes: un humanismo auténticamente español, totalitario» (López Ibor, 1938, 67-68). Entre otras aspiraciones incluidas en ese proyecto de humanismo figura la siguiente: «que la teología impregne todo el nuevo modo de la cultura española» (Idem, 71).

El último texto a considerar aquí es del P. Manuel Barbado, OP., persona clave en la reorganización de la filosofía y la educación tras la guerra, ya que asumió no sólo la cátedra de filosofía de la Universidad madrileña, sino también la dirección del Instituto de Filosofía «Luis Vives», y del «San José de Calasanz», de Pedagogía, ambos del CSIC. Tenía por tanto bajo su férula todo el campo de humanidades que aquellos institutos controlaban.

Concebía este dominico la nueva época iluminada por una doctrina que unificara los entendimientos, poniendo fin a su anarquía; «tratándose de España —añadía—, ni que decir tiene que la doctrina filosófica que debe ser enseñada en las cátedras oficiales es la contenida en la Filosofía tradicional, a cuyo desarrollo contribuyeron tanto nuestros antiguos maestros, y que es la única aceptada por la Iglesia y la única que puede servir de base para una sólida cultura religiosa» (Barbado, 1946, I, 21). Se trataba de la filosofía escolástica, que había de inspirar la enseñanza durante muchos años en nuestra universidad (Zanón y Carpintero, 1981).

En el marco de esta situación así definida, Julián Marías había hecho la opción de fidelidad a sus maestros universitarios y al espíritu de la desaparecida Facultad, y tras un tiempo corto en la cárcel como republicano, había comenzado su andadura como escritor independiente, publicando enseguida su famosa *Historia de la Filosofía* (1941). Aparte sus otras cualidades intelectuales, el libro se abría con un prólogo de X. Zubiri, y llevaba una «advertencia previa» en que se decía que: «Este libro tiene sus raíces intelectuales más inmediatas en el modo como se ha entendido la filosofía en los últimos años en la Facultad de Filosofía de Madrid. Mi deuda a esa Facultad, y especialmente a mis maestros Ortega y Zubiri, es enorme y pongo especial orgullo en ello» (Marías, 1941, 19). Desde las ediciones posteriores, tiene además una dedicatoria a M. García Morente («Decano y alma de aque-

lla Facultad de Filosofía y Letras donde yo conocí la filosofía»), y desde los años 60, además, un epílogo escrito para el libro por Ortega.

Marías restableció enseguida su relación con Morente, cuando éste volvió ya como sacerdote a la vida ordinaria. En sus *Memorias*, cuenta cómo su maestro, en 1939, formó parte del tribunal, con J. Zaragüeta, que le concedió el premio extraordinario de licenciatura, contra la prohibición del sindicato oficial estudiantil de que fuera premiado; el veto llegó cuando el premio ya se había hecho público gracias a una hábil estratagema dilatoria llevada a cabo por Morente (Marías, 1988, 285); y también él vino a ser el sacerdote que ofició su matrimonio con Lolita Franco, y por cierto en latín, de modo que hubo invitados que se sorprendieron de que la pareja no se hubiera dado los preceptivos «síes» —por hacerlo con las palabras latinas correspondientes.

Mención aparte merece, en esta relación, la historia, antes mencionada de paso, de su tesis doctoral.

Marías se había licenciado en filosofía en 1936. Llegado el momento, ya en la posguerra, hizo su doctorado y elaboró una tesis doctoral sobre *La filosofía del P. Gratry*, bajo la dirección de X. Zubiri, entonces catedrático de la Universidad de Barcelona. Semejante traslado había sido una consecuencia de su secularización, y de la correspondiente imposición del Obispo de Madrid-Alcalá para que se cumplieran las normas eclesiásticas pertinentes. La lectura de la tesis tuvo lugar en enero de 1942. Aunque se celebró el acto de defensa pública, lo que entraña la aceptación del trabajo presentado y al menos la calificación de aprobado, la mayoría de aquel tribunal, que bajo la presidencia de Morente integraban el P. Manuel Barbado, Juan F. Yela Utrilla y Víctor García Hoz, en ausencia del director de la misma, X. Zubiri, decidieron suspenderla, contra la opinión del presidente del tribunal. Se hizo, y consta en el archivo la indicación administrativa de que era «con el voto en contra del Sr. Morente» (Marías, 1988, 321; Archivo de la Facultad de Filosofía, UCM). En realidad, tal medida era un gesto expresivo del apoyo que Marías podía esperar tener en el caso de que aspirara a realizar una futura carrera dentro de la universidad. La tesis, curiosamente, pudo ser de inmediato conocida por el público lector, porque apareció enseguida en forma de libro, editado por la revista *Escorial* que entonces dirigía Pedro Laín. (También la historia de la edición tiene su pequeño *suspense*: apareció primero como los demás libros de la editorial, con su nombre y una viñeta del Monasterio de El Escorial, que figuraba en todas sus ediciones. Pero los responsables de la publicación se vieron obligados, por orden superior, a retirarla y volver a sacarla cambiada la cubierta, ahora sin viñeta y sin nombre editorial). El libro —la tesis— representa una sustancial contribución al

conocimiento del filósofo francés, el sacerdote oratoriano P. Alphonse Gratry, una figura notable espiritualista enfrentado al idealismo y el positivismo de la época. Como en seguida veremos, esa tesis se aprobó diez años más tarde en la Universidad, en gran medida gracias a la activa intervención de don Juan Zaragüeta.

Morente murió, por sorpresa, en diciembre de 1942. Al año siguiente, se publicaron en Madrid unas lecciones suyas, aparecidas primero en la Argentina, donde las había impartido, que representan un excelente curso de filosofía: las *Lecciones preliminares de filosofía* (G. Morente, 1952). Su versión madrileña, en que aparecía como coautor Juan Zaragüeta, se llamó *Fundamentos de filosofía e historia de los sistemas filosóficos* (G. Morente y Zaragüeta, 1967). En ella se habían añadido lecciones del segundo autor, pero además, los textos de Morente habían sufrido considerables cambios y supresiones respecto a la edición argentina. El resultado de todas esas modificaciones había sido un manual más ajustado al vigente programa universitario, en el que además se habían borrado las huellas del magisterio de Ortega que estaban presentes en la edición originaria.

Marías escribió entonces un ensayo, «El legado filosófico de Manual García Morente», primero publicado en la revista *Leonardo* (1946) que luego recogió en un pequeño volumen, *Filosofía española actual* (1948), libro que crecería en sucesivas ediciones. Subrayaba ahí la claridad de su magisterio, su vocación de profesor de filosofía, dueño de una filosofía que habría hecho suya, aunque no original, que era fundamentalmente la de Ortega. «Morente —escribió (*Obras*, IV, 461) ejercitó su acción intelectual desde una filosofía que no llevará, ciertamente, su nombre con su sufijo en *ismo*, pero que había hecho suya en una laboriosa y auténtica meditación». En efecto, había ido durante años comentando y apropiándose el pensamiento de su amigo y maestro, lo que con enorme generosidad había reconocido públicamente en 1935, en una carta publicada en *El Sol*, junto a otros textos en homenaje a Ortega (G. Morente, 1945). En su curso de Tucumán, culminó sus lecciones con una «Ontología de la vida», donde la influencia de Heidegger, pero sobre todo de Ortega, era manifiesta y explícita. «El yo y las cosas —dice allí (Morente, 1952, 351)— no pueden, pues, distinguirse y separarse radicalmente; sino que ambos, el yo y las cosas, unidos en síntesis inquebrantable constituyen mi vida».

Marías subrayaba en su artículo mencionado las «considerables supresiones» que se habían hecho sobre el texto argentino, especialmente de la citada «ontología de la vida», donde Morente apuntaba desde la filosofía orteguiana al tema de Dios. Decía además que a la luz de esas páginas, se entendía su incorporación al catolicismo más como una «plenitud» que como una «ruptura» (Marías, IV, 463), e

incluso como una tarea intelectual que dejaba abierta a posibles continuadores. Pero la cosa no terminó aquí.

Diez años más tarde hubo un nuevo movimiento de homenaje a Morente desde el mundo cultural oficial, que reunió numerosas firmas en las páginas de la revista *Ateneo* (Pérez Embid *et al.*, 1953). De nuevo se sintetizaba su itinerario intelectual como habiéndose desplegado desde Kant a Bergson, y de éste a Santo Tomás (O,III, 147). Marías no podía dar crédito al hecho de que se hubiera omitido el nombre de Ortega en semejante selección, omisión igualmente presente en varios otros artículos centrados en el análisis de su magisterio y su pensamiento. Escribió entonces un nuevo ensayo, «Dios y el César», a fin de dejar las cosas en claro. En él entraba en detalles acerca de las supresiones y cambios llevadas a cabo en la edición madrileña del curso argentino ya mencionado. Aparte la eliminación de siete páginas del capítulo sobre «Ontología de la vida» (en algunas de las cuales había elogiosas referencias a Ortega) mencionaba otras varias; recogeré aquí sólo un botón de muestra del conjunto de modificaciones que en el artículo se enumeran. Así, en la edición de Buenos Aires se decía: «Kant terminó definitivamente —y ésta es su hazaña fundamental— con la idea del ser en sí» (G. Morente, 1952, 228). En las páginas madrileñas se lee: «Manuel Kant trata de terminar definitivamente —y esta es su tarea fundamental— con la idea de ser en sí» (G. Morente y Zaragüeta, 1967, 193). Marías comentaba: «Nunca ha sido lo mismo hacer una cosa que tratar de hacerla» (O.III, 144).

Decía allí también que toda la insistencia puesta en su conversión tendría sentido intelectual —y no sólo personal— desde el reconocimiento de su previa «importancia *intelectual* antes de convertirse» (Id., 145). Y, saliendo al paso de comentarios que desvalorizaban el clima espiritual que había reinado en la Facultad madrileña de preguerra, hacía ver que en ella había habido respeto y libertad en todos los aspectos religiosos; que en aquella Facultad de la República se conocía y estudiaba en sus clases la filosofía de todos los tiempos, incluida la Escolástica —con Zubiri y con Gaos; y que los ensayos más «orteguianos» de Morente, incluido el capítulo sobre Ontología de la vida, editados en 1945 en un volumen de *Ensayos* por la Revista de Occidente, habían aparecido incluso refrendados con el «nihil obstat» eclesiástico.

Marías se lamentaba en su artículo del intento de ciertos grupos católicos de transformar la figura de Morente, desmarcándola del contexto filosófico en que se había movido durante más de veinte años, antes de la guerra, y silenciando su vinculación con Ortega. Y añadía esta personal apreciación de la cosmovisión dominante en el país:

«Todo esto procede de un espíritu, frecuente en nuestro catolicismo español, bien ajeno al catolicismo como tal, y que se podría llamar "insaciabilidad". Hay demasiadas gentes en España que no se contentan con que alguien sea católico; no basta con que se crea en los artículos de la fe... hace falta además opinar que el único catolicismo auténtico es el español,... hay que ser tomista en filosofía, hay que creer que Balmes es un gran filósofo, que la solución de los problemas españoles está ya en los libros de Menéndez Pelayo; tiene que preferirse la poesía de Gabriel y Galán a la de Jorge Guillén; hay que pensar que el arte español es necesariamente realista, que Amor Ruibal es más importante que Unamuno, que es mejor pintor Gonzalo Bilbao que Picasso, ... que un periódico debe parecerse más a *El Siglo Futuro* que a *El Sol*...; que la moral cristiana es idéntica con los usos de la pequeña burguesía de las provincias españolas». Y añadía que la más pequeña discrepancia generaba un rechazo excluyente, y que no había espacio en que se admitieran afirmaciones libres de exclusivismo: «Intentad decir... que no siempre es forzoso elegir, que en España caben muchas cosas, que han sido españoles egregios Cervantes y Quevedo, Zurbarán y Murillo, Luis Vives y Pizarro, Menéndez Pelayo y Giner de los Ríos, ... decid que España no tiene por qué ser un sistema de exclusiones, y veréis cómo se os excluye, cómo se os amenaza... desde una revista escrita por religiosos» (O.III, 149-150).

La imagen que aquel homenaje trataba de consolidar, reinterpretando y reformando el perfil intelectual y personal de Morente encontró en este artículo una durísima respuesta y obstáculo, aunque no pudo publicarlo en ninguna revista española, pues mereció una prohibición personal y directa del entonces ministro G. Arias Salgado. Ello hizo que su autor lo enviara acto seguido a *La Nación* de Buenos Aires, y que luego se recogiera en *Ensayos de convivencia* (1955). Sólo en 1959, en un volumen de *Obras* (*Obras* III), pudo imprimirse en España.

El episodio no puede verse fuera de su contexto más general. Después de la guerra civil se había puesto en marcha una amplia campaña desde sectores muy conservadores del catolicismo español para tratar de buscar la prohibición eclesiástica de la obra de Ortega, buscando así suprimirlo de la circulación. Empeño parecido se movió contra Unamuno, que tuvo el raro mérito de merecerse toda una pastoral de un obispo, *Don Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejías* (Pildain, 1953), en que este pastor disuadía a sus fieles del trato intelectual con tan peligroso autor. Marías ha hablado de que aquella era «una hostilidad... primariamente política, pero (que) tomaba ante todo aspecto clerical» (O.IX, 13). En el caso de Ortega, habían ido apareciendo varias obras de autores religiosos —entre los que se contaban el P. Iriarte, el P. Oromí y el P. Sánchez Villaseñor— sobre las cuales, y especialmente sobre su manipulación de los textos orteguianos Marías

publicó un detalladísimo libro, *Ortega y tres antípodas*, en 1950. Poco tiempo después, él y otros hubieron de volver a presentar batalla frente al último intento, del P. Santiago Ramírez O.P., quien a finales de los cincuenta reemprendió la persecución integrista del filósofo madrileño, y de todas las variantes de lo que llamó el «orteguismo católico». Marías, Laín, Aranguren, principalmente, hicieron frente con éxito al intento y evitaron que prosperara.

En esta tensión profunda entre el catolicismo liberal y el orteguismo, de un lado, y el catolicismo ultraconservador que el gobierno alentaba y apoyaba, de otro, se iba a ir gestando un movimiento de oposición al régimen franquista de corte intelectual y de espíritu liberal, que tuvo en su momento importancia.

En ese proceso de toma de conciencia de la problemática del momento, la historia de la defensa de Marías respecto de la figura de su decano Morente tiene un lugar que es ya historia. Y, tal vez cabría pensar que, como suele suceder en toda polémica, la necesidad de pensar en la obra de su maestro y en las exigencias propias de una religiosidad hondamente sentida, haya tenido un peso no pequeño a la hora de consolidar un sentido activo, afirmativo y público de la dimensión cristiana de su propio pensamiento.

EL MAGISTERIO DE DON JUAN ZARAGÜETA

El segundo Académico cuya influencia sobre la persona y la obra de Marías quiero examinar aquí es precisamente don Juan Zaragüeta, a quien, permítaseme aquí el recuerdo personal, fui presentado siendo yo un joven estudiante de bachillerato por mi padre, Heliodoro Carpintero, y por Julián Marías, en un verano soriano en que el gran sacerdote vasco vino a visitar allí al filósofo, pues les ligaba a ambos una profunda y recíproca estimación y cordial afecto.

Juan Zaragüeta Bengoechea (1883-1974), ha sido una importante figura en el mundo cultural de la primera mitad del siglo. Recordemos que tuvo una amplia formación filosófica en la Universidad de Lovaina, donde fue discípulo muy vinculado al Cardenal Mercier, con el que mantuvo contactos mientras éste vivió.

Comenzó su labor docente como profesor en el Seminario católico de Madrid; luego se orientó hacia la formación de educadores y maestros, ocupó puestos docentes en la Escuela Superior del Magisterio de Madrid, centro creado para formar al más alto nivel a docentes escolares, y al suprimirse ésta para integrarse en la Universidad, pasó a ser catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la

Universidad de Madrid, hasta el final de su carrera. Dirigió, ya después de la guerra civil, el Instituto de Filosofía «Luis Vives» del CSIC, sucediendo en ese puesto al P. Manuel Barbado. Durante años participó activamente de la vida de esta Academia, en la que ingresó en 1920, y de la que fue Secretario perpetuo prácticamente desde 1939 hasta su fallecimiento en 1974. En ella había sido nombrado en 1918 Académico de Honor su maestro el Cardenal D. Mercier, que de esta suerte precedió en esta Casa a sus dos discípulos, Zaragüeta y el P. Arnaiz; el primero de ambos le dedicaría un amplísimo estudio necrológico con ocasión de su fallecimiento (Zaragüeta, 1927). Persona de gran sentido moral, como secretario de la Academia y compañero, había intentado visitar, sin éxito, a su amigo Besteiro durante su prisión en la cárcel de Carmona.

Zaragüeta se interesó pronto por la filosofía, la psicología y la educación. Formado en la Escolástica, a esta había unido un conocimiento riguroso de la fenomenología y del pensamiento de Bergson, temas a los que dedicó sendas obras de interés. Inicialmente se ocupó de cuestiones filosóficas relacionadas con el lenguaje, la filosofía de los valores, la voluntad, incluso la psicología experimental; después, desarrolló una visión sistemática en varios volúmenes sobre *Filosofía y Vida* (1950).

Espíritu liberal, apoyó entre otras empresas la creación de la Escuela de Psicología que impulsara el Doctor Germain en 1953, en la Universidad madrileña, escuela que había de ser el primer centro de formación de profesionales de psicología en nuestro país. Mantenía muy buena relación con Ortega al regreso de éste tras sus años de exilio después de la guerra, reavivando así el trato cordial que había hecho de él un tertuliano de la «Revista de Occidente» (Ortega Spottorno, 2002) antes de la guerra, y esa relación se extendió al discípulo, Julián Marías, quien también colaboraba muy activamente con Germain en las páginas de la *Revista de Psicología General y Aplicada* que éste fundara en 1946. Sobre todo, Zaragüeta gozaba del respeto y aprecio de Xavier Zubiri, que había sido discípulo suyo en sus años de seminario, y que mantuvo hasta su muerte hacia el maestro un gesto cálido de discípulo fiel muy notable. (Carmen Castro recuerda que Zubiri tenía encuadernados los apuntes de las clases de Zaragüeta en el seminario, y comenta que «algunos los ha manejado X(avier) en muchas ocasiones: algo tenían que los hacía consultables» (Castro, 1992, 70).

Una primera muestra del interés del Académico hacia el pensamiento del joven filósofo la hallamos en la larguísima y apreciativa recensión de más de treinta páginas que dedicó a su *Introducción a la filosofía*, en la *Revista de Filosofía*, a poco de aparecer el libro (Zaragüeta, 1947).

No voy a resumir la recensión, naturalmente. Pero merece destacarse que ya desde las primeras líneas se hace explícito el verdadero aprecio que el libro le había despertado. «Yo diría... —escribe— que es una nueva Introducción, no sólo porque acaba de ver la luz pública, sino porque se exhibe como un itinerario absolutamente inédito en esta ya manoseada tarea de "introducirnos" en el arcano de esa disciplina cumbre del saber humano» (Zaragüeta, 1947, 297). Anotaba, acto seguido, que el libro declaraba aplicar sistemáticamente la doctrina de la «razón vital» de su maestro Ortega, y consecuentemente, estaba impregnada de «circunstancialidad» e «historicidad» (Ibid.)

Con una fina sensibilidad subrayaba las novedades que en esas páginas había encontrado en relación con conceptos clásicos como los de razón, verdad —entendida básicamente como autenticidad—, conocimiento, historicidad... En ese libro, dice, su autor «se revela... no ya como una lisonjera esperanza, sino como una valiosa realidad de la filosofía española. La valentía rayana en audacia con que afronta el problema filosófico, la agudeza con que lo enfoca en sus mil variadas perspectivas, la seguridad con que en ellas penetra, precedido de sutiles análisis de conceptos y de palabras, el radicalismo de actitud inicial con que aspira a liberarse de prejuicios y de suposiciones gratuitas, todo ello traducido en un estilo ejemplarmente diáfano... hacen que la obra en cuestión, aun para quien discrepe más o menos de sus orientaciones doctrinales, constituya una señalada aportación al actual acervo del pensamiento filosófico de nuestra Patria» (Id., 319). Ciertamente no deja de anotar que a veces encuentra a Marías «visiblemente refractario a "lo tradicional"» (ibid.), y que echa de menos un más amplio tratamiento de la axiología —temas estos que eran del particular interés del crítico; no dejaba tampoco de señalarle la existencia en sus propios estudios de desarrollos que podrían interesar o completar otros del libro de Marías, y, en definitiva, toda la revisión parece encaminada a promover lo que considera como esencial en el desarrollo de la realidad, que es «la continuidad en el progreso», palabras con que cierra sus páginas (Id., 329).

El espíritu de estimación que ahí se manifiesta encontró poco después otra ocasión en que manifestarse. Fue con relación a la historia ya antes mencionada de la tesis doctoral.

Marías recuerda en sus *Memorias* que fue Zaragüeta un activo promotor de la resolución de la lectura pendiente de su tesis doctoral, junto con el decano Francisco J. Sánchez Cantón. Eran los años cincuenta. Habían cambiado los tiempos. Al Rectorado de Madrid había llegado Pedro Laín. Se imponía poner fin a aquella historia inconclusa.

El Decano invitó a Marías a presentar de nuevo la tesis. Aportó la antigua tesis, con un nuevo apéndice, acerca de la teoría aristotélica de la inducción, cuestión relacionada con ciertos puntos que Gratry había examinado en su libro sobre lógica. Esas nuevas páginas fueron añadidas para cumplir con la normativa académica. Todavía hubo algunos movimientos. El tribunal, que iba a presidir Zaragüeta, sufrió modificaciones de última hora, aparentemente por renuncia de dos miembros —Rafael Calvo Serer y José Todolí— y entonces el propio Sánchez Cantón vino a presidirlo, con J. Zaragüeta, Jesús Pabón, José M. Sánchez de Muniain y Anselmo Romero Marín de vocales. Así, el 2 de julio de 1951 se cerró aquel capítulo anómalo de su vida universitaria. El trabajo fue entonces calificada de sobresaliente, y su autor recibió el merecido grado de doctor.

Marías y Zaragüeta coincidieron durante unos años en el seno del Institut International de Philosophie, sociedad muy relevante en el campo de esa especialidad, de la que fueron ellos durante años los dos únicos españoles miembros. Coincidieron también en aquellos cursos de Zubiri, de los años sesenta, que representaron un núcleo de renovación del pensamiento filosófico fuera de la universidad, excitante para intelectuales de las más varias especializaciones, unidos por el respeto y admiración al ejercicio de pensamiento que allí se hacía. Y, como al principio dije, coincidieron también en momentos de descanso veraniego, en los que Zaragüeta visitó amistosamente a Marías.

JULIÁN MARÍAS Y JULIÁN BESTEIRO. LA BÚSQUEDA DE LA PAZ EN LA GUERRA

El último maestro al que quiero hacer referencia aquí es a don Julián Besteiro, catedrático de lógica de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid, figura prominente del Partido Socialista Obrero Español, y figura central en el Consejo Nacional de Defensa que rigió Madrid en los momentos finales de la guerra, que precedieron a su ocupación por las tropas de Franco en 1939. Había nacido en 1870 —en el centro de la zona de fechas de la «Generación del 98»—, y murió dramáticamente prisionero del Gobierno de Franco en la cárcel de Carmona (Sevilla), en septiembre de 1940.

Besteiro había comenzado interesándose por los problemas de la relación entre materia y espíritu, que ocupaban lugar destacado en la tradición filosófica del krausismo. Fruto de su interés fue una memoria sobre *La Psicofísica,* premiada en un concurso establecido por el Ateneo de Madrid en 1897, con el acuerdo de un tribunal donde figuraban S. Ramón y Cajal, L. Simarro, el Dr. C. Cortezo, J. Eche-

garay y J. Rodríguez Carracido, esto es, la flor y nata de la ciencia de aquel tiempo. De ese primer núcleo de interés positivo, ya que no positivista, vino a orientarse hacia el neokantismo, y las cuestiones lógicas; su etapa final, ya plenamente instalado en el socialismo teórico y práctico, le llevó a ocuparse de estos problemas, como se ve en su discurso de ingreso en esta Casa, sobre *Marxismo y antimarxismo*.

(Entre paréntesis, aprovecho este momento para hacer constar aquí mi sentimiento de tristeza al constatar que, elegido en 1933 e incorporado a la Casa en 1935, tras su muerte no se hizo mención siquiera de su nombre por su sucesor en la medalla número 11, cuando éste leyó el discurso correspondiente en 1943. Entiéndanse estas palabras mías de ahora como modestísimo homenaje, fuera de todo plazo, a nuestro admirado Compañero).

Besteiro, en su discurso mencionado, reflexionaba sobre el deber del intelectual a enfrentarse con los problemas reales de la sociedad. Se preguntaba si los intelectuales estaban entonces, en 1935, a la altura de su misión, y se declaraba él mismo dispuesto a asumir su cuota de responsabilidad. Los gravísimos problemas sociales de la posguerra tras la I guerra mundial se le aparecían como reveladores de la incapacidad del capitalismo para evitar sus contradicciones internas; pero también advertía los problemas inherentes al acceso del Socialismo al poder: temía que, ya en el poder, olvidara su política socializadora, confundiéndose con el reformismo burgués; y temía también que, caso de no alcanzarlo, se orientara hacia un reformismo fascista y violento. Buscaba la conciliación efectiva del socialismo y la democracia, al tiempo que expresaba su rechazo de toda dictadura (Besteiro, 1935, 257; cfr. Lamo, 1973). Tales ideas, a no dudar, inspiraron su acción política durante los difíciles tiempos de la guerra.

Marías había encontrado a Besteiro en la facultad, cuando volvió a la cátedra en el curso 1933-1934, tras dejar la presidencia de las Cortes Constituyentes. Cortesía, distinción, y un curso «un poco arcaico», son las notas de la primera imagen suya que hallamos en las *Memorias 1* (1988, 118). Pero es en los días de la guerra cuando trata con intensidad a su profesor de lógica, «la única figura pública que tenía toda mi estimación» (Id., 232). «Era —escribe— un modelo de liberalismo, cordura y tolerancia, y de valor, virtud capital, un valor *civil*, no agresivo que lo llevaba a hacer lo debido sin más consideración» (Id., 232).

Besteiro había explorado en 1937 en Londres la posibilidad de algún tipo de acuerdo que pusiera fin a la guerra, sin ningún resultado positivo (Madariaga, 1964, 554). Pero su protagonismo iba a ser mucho mayor en los tiempos finales del conflicto.

Como han hecho notar algunos historiadores, tras la batalla del Ebro y la retirada del ejército popular hacia el norte, en julio de 1938, «los ánimos se desmoronaron definitivamente» en el campo republicano (Payne, 1971, 362). El gobierno presidido por Negrín había vuelto a intentar negociar el fin de la guerra, sin éxito alguno, y entonces parece haberse adherido a una última posibilidad: «la única esperanza de que el estallido de una guerra continental europea salvara lo que quedaba de la causa republicana» (Payne, 1971, 365). Para consolidar esa opción vino a contar con el apoyo del partido comunista, y al parecer el 4 de marzo de 1939 trató de poner en manos de éste el control de los diversos cuerpos de ejército. En ese punto iba a estallar la reacción del coronel Segismundo Casado, a cuyo lado vino a estar Besteiro.

Este había decidido permanecer hasta el final en Madrid, sintiéndose radicalmente ligado al destino de sus compatriotas y convecinos, y renunció a abandonarla como el resto del gobierno había hecho. Se sentía además discrepante de los rumbos que a la guerra iba dando el gobierno de Negrín. Así, en ese mes de marzo de 1939 vino a tener un papel decisivo en el final de la resistencia madrileña.

El día 6 de marzo, el coronel Casado, con el general Miaja, y varios consejeros más, entre los que se contaba Besteiro como consejero de Estado establecen en Madrid un Consejo Nacional de Defensa, que rechaza la autoridad del gobierno de Negrín, y se hace con el poder. Madariaga escribe, a este respecto, que en aquel momento «el doctor Negrín no representaba autoridad ninguna... No había presidente de la República ni había Parlamento, dos bases sin las que no podía haber tampoco ministerio»; y el Consejo iba a tener amplio apoyo democrático, pues «todos los partidos que en 1936 habían formado el Frente Popular se hallaban representados, desde luego con excepción del comunista» (Madariaga, 1964, 564). Su creación rápida, como arriba dijimos, vino a impedir un movimiento del grupo comunista que trataba de sustituir a numerosos dirigentes militares reemplazándolos con otros nombres de su más estricta confianza (Galán, Modesto, Lister, entre otros). Precisamente en sus *Memorias*, Julián Marías ofrece una detallada versión del hecho, y refiere cómo vio personalmente en las galeradas de la *Gaceta de la República* los decretos que ordenaban realizar aquella transformación de mandos (*Memorias*, 1, 1988, 240-256; Español, 2004, 53).

El Consejo puso orden en la capital, e hizo gestiones para buscar condiciones de paz aceptables por parte de los militares franquistas que pusieran un término a la resistencia. Besteiro tuvo en todo ese tiempo un papel relevante, y encontró en el joven licenciado en filosofía Julián Marías un desinteresado y leal

colaborador, empeñado como su viejo profesor en poner fin a la pérdida de vidas. Seguramente la declaración inicial del Consejo, que hizo Besteiro, en que éste hablaba de que había que «irrumpir con la verdad» en la vida pública, debió movilizar en su apoyo al joven filósofo, decidido partidario de la verdad en todos los órdenes de la vida. «Se puede perder —añadía el consejero— pero con honradez y dignamente...» (*Memorias,* 1, 241-243). Al recordar aquel tiempo comenta Marías: «Para que se pudiera hacer la paz en España... lo primero que hacía falta era la expresión y difusión de la verdad... Había que dirigirse a todos los españoles a la vez, diciéndoles lo mismo...» (Id., 244-245). Se trataba de poner fin al secuestro partidista de la opinión que la guerra había producido en ambos bandos. Y empezó a escribir en *ABC* de Madrid, y a dar por radio sus textos a los cuatro vientos, como editoriales, en los que se pretendía poner las cosas en su verdad.

La colaboración de Marías en *ABC* en marzo de 1939.

Marías ha recordado en varias ocasiones aquel mes de marzo de 1939, cuando se dedicó de modo aparentemente infatigable a propagar las ideas pacifistas y democráticas que inspiraban la política de Besteiro desde el Consejo de Defensa. Ello dio lugar a un puñado de artículos.

Al referirse en sus *Memorias* a sus artículos, escribe:

«Cubrí un amplio espectro de cuestiones: el balance real de la guerra, las conexiones internacionales, la necesidad de despojarse del espíritu de odio y aun de beligerancia, el papel que los republicanos, aun vencidos, podrían y deberían representar en la paz. [Y añade:] Besteiro estaba enteramente de acuerdo, trabajábamos cada uno por su lado, sin conexión pero en armonía, y aprobaba lo que yo escribía» (Marías, 1988, 246). En sus *Memorias* sólo incluye, si bien íntegro, el texto del último de la serie, publicado el día 28.

La noticia de la creación del Consejo aparece el 7 de marzo en la primera plana. *ABC* informaba detalladamente: «Se constituye en Madrid el Consejo Nacional de Defensa». Seguían los discursos de Besteiro, Miaja, Casado y varios más. Había comenzado el movimiento de recuperación del poder, hasta ese momento en las manos de Negrín.

A partir del día 11 el periódico publica en primera página unos artículos en recuadro, sin firma, cada uno de ellos con su titular propio, que ofrecen toda una filosofía pacifista y democrática, desde la que se lamenta y rechaza la tragedia de la guerra y se busca la reconciliación y la unificación.

La lista de los catorce artículos es la siguiente:

«Juicio ante la Historia» (11-III); «Nuestro Ejército y la paz» (12-III); «Madrid, lección española» (14-III); «La solución de nuestra guerra la darán los españoles» (15-III); «El patriotismo necesario» (17-III); «La ocasión de la paz» (18-III); «La República ante Europa, ante el mundo y ante los españoles» (19-III); «La ruptura con lo anterior» (21-III); «Las condiciones de la paz» (22-III); «El estado de ánimo con que llegamos a la paz» (23-III); «Alrededor de la paz» (24-III); «El papel de los republicanos en la paz» (25-III); «La división del pueblo español» (26-III), y finalmente, el único que aparece recogido por Marías en sus *Memorias*, el artículo publicado el 28 de marzo, último número del periódico, titulado «La nobleza del Consejo de Defensa». (Existe una columna sin título ni firma, en la primera página del diario de 9 de marzo, que por varias razones estilísticas —falta de título, términos inusuales [«obrando... en la manigua del propio egoísmo y conveniencia», «feroz egoísmo y desparpajo que raya en lo vesánico...», etc.], alguna palabra en mayúsculas, etc.— me inclino a negarle la atribución a Marías). Presento a continuación una síntesis ideológica del contenido de aquellos textos.

Comienza la serie («Juicio ante la Historia», 11-III) con una justificación del movimiento que llevó a la constitución del Consejo. Hay una afirmación de exigencia democrática, acerca de «la necesidad del poder de contar con la aprobación expresa de la opinión pública», y ante un Gobierno que ya «no contaba con la confianza de los altos Poderes ni con la de la mayoría de los partidos antifascistas», ha tenido que nacer el Consejo (CND) «para recoger el Poder abandonado y para encauzar las energías del pueblo español...». Así los nombres de sus miembros —Miaja, Casado, Besteiro— surgieron por aclamación, con «las relativas garantías» posibles en aquella situación, luego «revalidados plenamente por la opinión». Y añade: Todos los partidos, menos uno, los apoyan; «la ley de las democracias ha sido cumplida» y respetada la voluntad del pueblo. En un mensaje evidentemente destinado a buscar la cohesión en torno al Consejo, se dice que la «rebeldía» contra el CND es no ya «obcecación» sino «traición», porque «la sangre que se derrama en Madrid es sangre de soldados del pueblo», y lo hacen quienes hasta ayer eran «compañeros de trinchera». Es pues una llamada a deponer «la pasión partidista», una llamada evidentemente hecha al grupo comunista que se ha puesto frente a la nueva autoridad del Consejo.

Al día siguiente («Nuestro Ejército y la paz», 12-III), se afirma que está «en trance de liquidación la sedición comunista», citando palabras del coronel Casado en tal sentido. Frente a los que pedían un «ejército político» sin más, se les contesta: «el Ejército republicano puede y debe ser político, como corresponde a un orga-

nismo que ha surgido de una guerra provocada por la pasión política», pero añade acto seguido: «pero su constitución... le veda ser partidista». Ha de estar a lo que mande el gobierno democrático de la nación. «El Ejército —añade—, o es nacional o es una banda armada». El levantamiento comunista, dice, «ha revelado» las verdaderas intenciones de aquel grupo, y ha mostrado «vivas y sanas» las raíces del pueblo que ha apoyado al Consejo. «Las manos del Ejército popular han recobrado la República para España», al tiempo que se la ha libertado de «influencias extrañas». Ahora la república vuelve a darle a España «el glorioso e histórico papel de ser el baluarte de las libertades humanas». El Consejo, pues, es «la voz de la democracia española». Termina apelando a reunir «todas las energías» y a «poner el interés y la pasión de la Patria por encima de todos los partidismos...».

No sólo el Ejército ha hecho posible la nueva situación: también a ello ha contribuido el pueblo de Madrid («Madrid, lección española» 14-III). «Madrid, símbolo y compendio del alma española, ha demostrado, con su conducta, una vez más, su amor por la libertad y por los métodos democráticos y su enemiga a todo intento de imponer por la fuerza una doctrina política... Ayer fue con el fascismo; hoy es con el comunismo». De la experiencia vivida, se saca una consecuencia: «la esterilidad de la sangre vertida», la falta de sentido del golpe intentado por la resistencia comunista. Y añade: «En las democracias todos los juegos políticos están permitidos. Una sola condición necesitan: la de ser juegos limpios». Esto es lo que hay que exigir.

El día 15 («La solución de nuestra guerra la darán los españoles») el artículo comienza con una cita del coronel Casado: España quiere una paz honrosa, en que no haya represalias, y que mantenga la integridad nacional y su soberanía. Y dice: esto es lo que hemos dado en llamar «paz española». Y ello al tiempo que se ha restaurado el apoyo democrático al Consejo, se han retirado los combatientes extranjeros, y se ha rechazado el dirigismo soviético. No caben aquí más intereses que «los exclusivos de nuestra patria y de nuestros compatriotas»; pues «somos nación mayor de edad, dignidad y gobierno...». Esta idea del punto final a la dependencia respecto del dirigismo soviético cobra aquí singular relieve.

El día 17 el artículo («El patriotismo necesario») se centra en el tema del patriotismo. «A la República se la ha acusado por sus enemigos de hacer obra antipatriótica y hasta... sinónima de la anti-España». Es falso. «la República ha intentado la nacionalización del Estado, es decir, ha querido interesar en la vida del Estado a todos los ciudadanos, lográndolo plenamente». Y añade: frente a la nación «sin pulso», hay que poner ésta con «exceso de pulsaciones». Cierto que «cada sector español puede creer que su patriotismo es el mejor»; lo creen los «derechistas» tradi-

cionales; y la república, «poco perspicaz en la propaganda, se dejó arrebatar esa bandera». Pero el verdadero patriotismo es el que se demuestra en las ocasiones duras, como lo es aquel que ha dado la sangre vertida por «la causa de la libertad» en Madrid. Es este el patriotismo que se necesita, en opinión del autor.

Al día siguiente («La ocasión de la paz», 18-III) remacha la idea de la paz necesaria. El articulista está contra la guerra fratricida: «La guerra española, de españoles contra españoles... es siempre un mal negocio». Y sigue: «España será siempre derrotada en esta guerra... Esta verdad se nos impuso siempre... Por eso somos demócratas y republicanos, porque estimamos que hay una manera incruenta y más económica de cambiar la política de un país: por medio del... procedimiento electoral». Por eso «somos, por esencia, pacifistas». Y añade: «La ruina de España... aumenta cada día que pasa»; la paz, dice, «es la única posibilidad de victoria que tiene España». Y afirma: «Para esa paz, sólo una cosa falta: que se quiera dar por terminada la guerra», o sea, «parar la carrera del odio», no confundir «represalias» con «justicia», levantar «la bandera de la reconciliación». El artículo hace mención también a los vientos de guerra europea que se avecinan, y ante ese posible conflicto que parece estarse gestando pide que no se vea nuestro país envuelto en esa «vorágine», tras tanta sangre vertida. Esta actitud se compendia en una brillante fórmula: «Europa no merece más; España tampoco merece menos». Esta es la política del CND.

El artículo siguiente («La República ante Europa, ante el mundo y ante los españoles») apareció el 19 de marzo. En el periódico, la noticia que ocupa la cabecera entera de la página es ésta: «Hacia una paz española», y en el titular de cabecera se lee: «El Consejo Nacional de Defensa informa al país de su comunicación al gobierno nacionalista en la que expresa estar dispuesto a emprender las negociaciones que pongan fin a nuestra lucha fratricida». El mensaje del CND, por radio, proponía al gobierno franquista abrir negociaciones en busca de «una paz honrosa». Aunque de ello no salió absolutamente nada, la aspiración a la paz del CND era ahí plenamente manifiesta.

El artículo sin firma que ahora comentamos parece referirse a las conexiones internacionales; ya vimos rememorada tal cuestión en el brevísimo sumario de Marías en sus *Memorias* (o.c. 246). La estructura de su título —«La República ante Europa, ante el mundo y ante los españoles»— no dejará de evocar a los conocedores de la obra de Marías otro título de un trabajo suyo escrito muchos años después, de estructura bastante similar: «España ante la historia y ante sí misma» [Marías, 1993]. Hace referencia a la «grave tensión europea» del momento (sin duda relacionada con la anexión de Checoslovaquia por Hitler al III Reich, y el desfile

nazi en Praga). Y lamenta que «la política internacional española ha sido desde hace muchos años un puro desatino». No estaba orientada al bien de España, sino a seguir «los fines partidistas de la política stalinista». Y añade: «Lo único que hubiera podido servirnos: un acercamiento a Francia e Inglaterra... ha sido lo que la política Negrín-Vayo hicieron imposible...»; y ello a pesar de que por cultura, geografía y economía nuestro destino debería ir ligado con aquellas dos naciones. Ahora que el CND supone una «rectificación total» de la política anterior, cabe otra línea que busque el interés máximo de los españoles y del propio CND: «dar término a la guerra». No hay otro anhelo, se dice, sino el de «una paz digna de España». Esta es la declaración que se quiere hacer en momentos como los que está viviendo Europa.

El artículo del día 21 se titula «La ruptura con lo anterior» y contiene curiosas imágenes literarias. Comienza diciendo que la instauración del CND ha sido considerada como un «escándalo», y precisa: «ha sido, principalmente, el escándalo de la verdad». Y sigue: «El Consejo se ha atrevido a decir que no veía nada de cuanto decía el doctor Negrín, especie de Maese Pedro moderno, disfraz del auténtico Ginés de Pasamonte, y nos ha sacado del retablo de las maravillas a la plena luz del mundo».

A lo cual añade: «Hemos pasado de la "victoria rotunda, indiscutible y arrolladora", a la certeza... de que la República ha perdido militarmente, y el triunfo que ha de conseguir es el de su dignidad moral». En esas palabras parece condensarse, con plena explicitud, el sentir del grupo del Consejo, y en particular de Besteiro (recordemos sus palabras la noche del 5 de marzo: «se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin negar su fe, anonadados por la desgracia» [Saborit, 1967, 277]). No sólo se ha perdido: también se ha pasado «de la ficción de una República sin Presidente, sin Gobierno, sin Cortes... sin legalidad, en fin, a la realidad de una autoridad efectiva, fundada en el poder militar...», lo que sería empezar a vivir en la verdad.

Para el articulista, esto «es... escandaloso, y equivale a un despertar». Por eso teme que ahora «pueda más la inercia... para volver a adormecerse». Esto no puede ser. Afirma: «Tenemos que instalarnos en la verdad recién conquistada... Necesitamos tener flexibilidad para pasar al nuevo punto de vista», y ver que la nueva tarea es «la paz». «Y tenemos que sacudir todos los tópicos... Es menester revisar nuestras ideas para limpiarnos de falsedad. Si nos falta claridad y decisión... estamos perdidos».

De ahí su conclusión: «Es menester... romper con todo lo anterior».

Continuando con este mismo tema, el día 22 ofrece *ABC* un artículo sobre «Las condiciones de la paz». Su comienzo es optimista: «Se va a restaurar la paz en España», paz que quieren muchos aunque no todos, en particular Negrín y los comunistas. Y dice, en un paréntesis: «(Hace muchos meses que oímos de labios comunistas... que, aun sabiendo que la guerra estuviera perdida, era menester seguir un año más para hacer que... consiguiera ventajas la III Internacional para... la revolución proletaria...»). Anotaré aquí una coincidencia confirmatoria de la autoría de la serie que atribuimos a Marías: esa afirmación de la necesidad de prolongar la guerra para beneficiar al proletariado es justamente el contenido de una anécdota recogida, también, en las *Memorias*, casi con las mismas palabras. En esta versión, el diálogo con un amigo comunista habría sido este: «"La guerra está perdida sin remisión", le dije. "Sí, pero... hay que seguir seis meses más...". Le dije: "Pero eso va a costar otras doscientas mil vidas". Su respuesta fue: "Sí, y es muy lamentable; pero le conviene al proletariado internacional"» (Marías, 1988, 230).

En el artículo que comentamos, al autor le preocupa que se busque una paz con «dignidad y honradez». Y entiende que eso quiere decir que no se prescinda «de nada de cuanto es real», que se vea la guerra «como pasada, y despojarnos interiormente de su espíritu». Y dice más: «Es menester que se rompan las filas, que no quedemos interiormente agrupados en dos bandos hostiles, y que emprendamos la colaboración... hacer a España de nuevo y hacerla mejor que antes. Importa que no se excluya de esta tarea a nadie digno de convivir..., ... que nadie se sienta excluido. Que pierda sentido para todos la expresión que ha regido estos tres años: "los otros"». También pide que se ahogue el odio, que no se recuerde el predominio que se tuvo antes, y sólo se admita «la justicia estricta». Y dice: «Estas son las verdaderas condiciones de la paz». El autor (Marías), no admite que los republicanos vivan «la paz como vencidos», porque pide con Besteiro «la victoria moral que supone el saber perder con honradez y dignamente». Y todavía añade: «Y quedarán moralmente derrotados los que estén en otra actitud», pues «los que hemos estado contra la guerra... seremos vencedores»; pero habrá que asegurar las condiciones que permitan «incorporarnos... a esta victoria».

Todavía al día siguiente, 23-III, el tema sigue siendo la paz: «El estado de ánimo con que llegamos a la paz». Con la propuesta de negociaciones de paz hecha por el CND en la persona de Besteiro, «se abre una nueva etapa... la pacificación», que debe servir para «poner a tono la vida entera, desde las ideas hasta el sistema nervioso». Para el editorialista, hay que ir a esa paz no sólo por imposición, sino «libremente», queriéndola. «Si llegamos al extremo de que no renunciaríamos a ella aunque pudiéramos eludirla, desaparecerá la sombra de pesar que deja siempre el sometimiento a la violencia». (Entre paréntesis, es inevitable anotar que el texto

parece impregnado de estoicismo: los hados conducen al que los acepta, y arrastran al que se les opone; igual ocurre aquí: se pide ir a la paz queriéndola, evitando el ir meramente arrastrados por la fuerza de los hechos). Semejante espíritu es el que le lleva a decir que de tal actitud mental de «aceptación» «depende la alegría fecunda de España en muchos años, o su duelo estéril, si por azar nos falla». (Estas últimas palabras parecen contener una cierta advertencia dirigida evidentemente al gobierno vencedor, que como es notorio por la historia no había éste de tomar en la más mínima consideración).

Al autor le preocupa una cosa: «Hay una cosa que el hombre soporta difícilmente: la imposición por la mera violencia. Nadie, por eso, la debe utilizar». Pero además, para crear un cierto «buen ánimo» entre sus lectores, que pronto iban a ser vencidos, recuerda «muchas cosas lamentables» de la situación recién vivida —y hay aquí por primera vez en el texto unos huecos que parecen evidenciar la presencia de la censura—: malos servicios, supeditación al extranjero, «pérdida de libertad», y en suma, con Negrín, «una política clandestina». El recuerdo de todo ello debería ayudar a hacer un poco más fácil esa pacificación.

En «Alrededor de la paz», una columna breve publicada el día 24, el autor se queja de aquellos que ya están impacientes por alcanzar la meta final. Esta impaciencia hace «dudar de la sinceridad de su antifascismo». El CND trabaja por la paz; «la paz vendrá a su hora», y la reconstrucción habrá de venir sin «repugnantes y cobardes represalias». Por eso no cabe precipitación en el proceso.

¿Y qué papel les va a caber en la paz a los republicanos, esto es, a los vencidos? Sobre eso reflexiona el día 25: «El papel de los republicanos en la paz» —un artículo también de autoría reconocida en las *Memorias* (1988, 264), y con varias líneas en blanco, seguramente debidas a los censores—. Frente a gentes que creen una propaganda que ha hecho pensar que «el único desenlace posible... era la entrega incondicional del adversario», y también frente a los muchos que «sienten como si se fuese a acabar el mundo», la verdad es que, para el autor del artículo, «el pueblo español... no se va a marchar de España»; ahora bien, si esto es así, como entonces contará su opinión, el autor imagina con sorprendente ingenuidad que «los republicanos van a constituir en España... el órgano de opinión más importante». Y eso será así «porque van a tener las manos libres frente a las orientaciones políticas predominantes...». (Así pues, en su número y en su no adscripción al gobierno vencedor, creía el editorialista Marías ver la fuerza que podría caber a los vencidos...).

El día 26 aparece la penúltima colaboración. Gira sobre «La división del pueblo español». Es un artículo largo, que ocupa columna y media de las tres que

tiene la página. En él va a rebatir la idea de ruptura. Comienza así: «Conviene no perder de vista... que una de las cosas que van a ocurrir cuando se haga la paz será la reunión de España». En efecto, «partida en dos mitades desde el verano de 1936, estará luego nuevamente junta y una. Salamanca volverá a estar a un par de horas de Madrid...». Y sigue: hasta ahora, «en lugar de una España ha habido dos», esto es, «dos seudonaciones». Esto se ha visto claramente con los problemas de aprovisionamiento. Con la ruptura, «nos falta la leche, o el pescado, o... tales industrias, o nos sentimos atados ante los ferrocarriles cortados... o nos acosa la necesidad de las montañas vascas... y la de todas las personas de quienes estamos dolorosamente apartados...». Porque «no se puede separar impunemente lo que no puede estar sino reunido. Media España es, con cualquier régimen, una cosa absurda, sin sentido...».

«No olvidemos la lección», pide; «la experiencia de esta guerra nos debería enseñar... a respetar las exigencias de las cosas»; y por supuesto, las del «pueblo español». Éste había perdido en el 36 «el sentido de la convivencia». Y añade: «Vivir en una nación supone que se puede discrepar cuanto se quiera, pero dentro de ciertos límites en los que se convive». El problema es que, como dice el editorialista, «en España el socialista y el falangista o el republicano y el requeté se sentían separados... por sus opiniones... pero... no se sentían unidos... por su origen, por su pasado, ... por el objeto mismo de esas apasionadas actividades opuestas... [que era] la misma nación española». Cada bando se tomó «como si fuese, él solo, "el pueblo español"». Y por eso termina pidiendo: «Necesitamos rectificar... esta situación anormal; necesitamos para eso, entenderla bien». Hay que vivir con las diferencias «sin volver la espalda a la unidad». (Se diría que es un artículo fuertemente impregnado de la idea de los «particularismos» de que habla largamente la orteguiana *España invertebrada*).

Llegamos al término de la serie.

El final de la colección lo representa el texto que Marías escribió el 27 de marzo, y apareció en *ABC* el 28, titulado «La nobleza del Consejo de Defensa». Este es el único texto identificado plenamente por su autor como propio, e incluido íntegramente en sus *Memorias* 1 (1988, 252-253). A su término escribía: «Todos los españoles que conserven aún alguna nobleza y algún sentido moral tienen que estar entrañablemente al lado del Consejo, dispuestos a cumplir con callado entusiasmo sus órdenes en esta hora amarga...» (id, 253). En los titulares del día, bajo los cuales iba la columna editorial, se puede leer: «El Consejo Nacional de Defensa se dirige a los españoles en demanda de la serenidad que exige el momento». Además, en esas mismas páginas, los diversos grupos —UGT, PSOE, Unión Repu-

blicana, Movimiento Libertario, etc.— daban consignas a sus miembros para asumir con responsabilidad la derrota que llegaba.

Al día siguiente, 29 de marzo, el *ABC* madrileño ya no salió a la calle. El del día 1 lleva ya los nuevos aires, marchas, y nombres del ejército «nacionalista», con su retórica de victoria e imperio. «¡La Patria redimida!», decía, y acto seguido enunciaba: «Ha terminado la guerra en España con la victoria completa de las armas de Franco», victoria, que, como explicita el comentario inicial, «se ha conseguido por las armas... sin una sola concesión al enemigo». Tal vez puede leerse ese comentario como una sencilla y global respuesta negativa a cuantas sugerencias de concordia habían ido apareciendo en los días anteriores en las mismas páginas. Los vencedores habían optado por una victoria absoluta y sin «una sola concesión».

Si repasamos esos textos, y los vemos en su conjunto, hallamos ciertas notas que se sobreponen al resto: el apoyo a la autoridad del Consejo, a su condición democrática, a su liberación respecto de la servidumbre a las directrices extranjeras, singularmente las soviéticas; el pacifismo y el rechazo a la guerra, que ha dividido y arruinado la nación; la necesidad de hallar un futuro para el mundo republicano en la sociedad que resulte de la guerra; el respeto a la unidad de la nación y la superación de los particularismos; la demanda de un espíritu de concordia, compatible con las discrepancias, pero no con las represalias ni las violencias de una parte de la sociedad contra la otra; y, reiteradamente, la exigencia de que retorne la verdad a la convivencia de los españoles; en ellas parecen haber coincidido el profesor socialista y su joven amigo y colaborador. Contienen algunas claves para entender la vida de Marías en los años siguientes: la clave de su pasión por la verdad, de no abandonar su país, de promover la concordia en libertad, y defender la democracia frente a la violencia a la hora de hacer frente a las complejas necesidades de la sociedad. Y podrían todas ellas servir para glosar la conocida afirmación de Besteiro en su defensa personal ante el Tribunal que lo juzgó al término de la guerra: «Yo no me contento con ser en mi vida privada honrado. Yo estoy seguro de haberlo sido en mi vida pública» (Saborit, 1967, 284).

Los últimos contactos

Recién producida la ocupación de Madrid, Besteiro estaba detenido, pero todavía Marías lo pudo visitar, y le dio ánimos. A primeros de julio un tribunal lo condenó a treinta años de reclusión mayor (Saborit, 1967). Desde agosto de 1939, permaneció recluido en la cárcel de Carmona (Sevilla), en compañía de un grupo de sacerdotes vascos. Como antes ya dije, allí procuró verle en una ocasión su

compañero de Academia don Juan Zaragüeta, sin el menor éxito. Las cartas a su mujer, Dolores Cebrián, publicadas no hace mucho, dejan ver un espíritu íntegro, estoico, que busca estar ocupado con su defensa y desea también distraerse con traducciones que le den algún provecho material. En esa tarea le procuró ayudar su joven colaborador Julián Marías.

En una de las cartas dice a su mujer: «Lo que conviene es que si ves al joven universitario, le preguntes si no podría yo [en orig., "ya"] tener alguna traducción» (Besteiro, 2004, 243; carta 24-abril-1940).

Marías, que era ese «joven universitario», y que seguía aún en contacto con la familia, consiguió arreglar el tema. En otra carta a su mujer, el preso dijo: «Tu carta de hoy ha venido a cambiar el panorama de la semana que era bastante sombrío... Uno de los motivos del cambio de panorama... es la noticia que me das de las traducciones; agradezco mucho su intervención a ese buen amigo» (id., 254; carta del 31 de julio de 1940). Le hicieron llegar a tal fin un libro del teólogo alemán K. Adam. No lo pudo traducir. Una enfermedad prácticamente no tratada por el médico del establecimiento, que además impidió la actuación de todo médico externo, y que parece que no supo atajar una infección que terminó siendo mortal, terminó con su vida el 27 de septiembre de aquel año. Así desaparecía una figura cuya influencia sobre Julián Marías iba a dejar una huella permanente.

Todavía en 1990, volviendo a recordar a su maestro, escribió: «No es fácil enumerar los servicios que prestó Besteiro a España, a la República y a sus semejantes, a las personas individuales, en aquellos tremendos años. El valor, la dignidad y la capacidad de sacrificio que mostró en el último mes de la guerra me hicieron sentir por él una estimación que en ese orden no he sentido por nadie más. De la única cosa de que me siento orgulloso es de no haberlo dejado solo» (Marías, 1998, I, 206). Y no puedo evitar recoger aquí una apostilla final a ese texto porque, en el marco de esta Academia, me parece que contiene a un tiempo una enseñanza moral esencial suya, y a la vez, el cierre de este recuerdo que no pretende sustituir ahora al elogio que aún está pendiente de hacerse en esta Casa al Académico desaparecido. Dice Marías que, en el ejemplo de Besteiro en aquel mes de marzo de 1939, tuvo la evidencia de una profunda verdad moral: «acaso... comprendí lo que luego me ha parecido evidente y he repetido muchas veces: que es justo, como sucede en español, que el sentido más fuerte y primario de la palabra "valor" sea el de valentía, que se refiera a lo valiente más que a lo valioso, porque si falta el valor personal perecen los demás valores» (id., 206).

Besteiro, con su valor cívico, dejó una huella imborrable en la personalidad de nuestro filósofo, y en muchos de los que luego, a través de los testimonios históricos se han acercado a su figura.

CONCLUSIÓN

Nos hemos acostumbrado a repetir que Unamuno y Ortega, y en cierto modo también Zubiri, han sido los maestros de Marías, pero me parece que habría que ampliar esa nómina, si por maestro no se entiende sólo aquel que nos entrega una nueva idea o un nuevo concepto ya presto para ser empleado en la comprensión de la realidad, sino también aquel que nos estimula en el ejercicio del pensamiento, nos presenta formas valiosas, y valerosas, de comportamiento público, o nos abre horizontes y perspectivas sobre asuntos en los que no reparábamos, hacia los que nuestra mente no ofrecía una superficie porosa y abierta.

Marías mantuvo siempre la convicción de que el pensamiento se «contagia» (e.g. Marías, 1981, 77), y que es en el marco de una verdadera vida intelectual donde pueden florecer las ideas, y donde se estimula la creatividad en los diversos órdenes de la cultura. Por eso, al mismo tiempo que se sintió excluido de la España oficial de posguerra que previa y rápidamente le había excluido a él de su propio horizonte cultural «de protección oficial», se sintió esencialmente vinculado a lo que reiteradamente llamó la «España real», aquella formada por las innumerables vidas individuales, atenidas a las circunstancias del país, al que se hallaban ligadas por las innumerables formas de una existencia cotidiana, que sentían en mayor o menor grado las limitaciones de las censuras y las imposiciones, pero aspiraban a construir una vida responsable y moral en los espacios que quedaban libres, en franquía frente a las directrices de un poder político que se desinteresaba de ciertos espacios de la existencia personal. En los años difíciles de la posguerra española, Julián Marías, como ha escrito J. L. Pinillos, «sin rencores pero con firmeza, durante esas horas que fueron muchas, supo ir tejiendo para todos esa obra de continuidades y esperanzas que es su visión responsable de la vida» (Pinillos, 1977, 26).

El magisterio de Morente, el de Besteiro y el de Zaragüeta, en relación con el desarrollo biográfico y personal de Marías, han tenido, cada cual a su manera, una raíz común, arraigada en la Facultad de Filosofía donde este último «conoció la filosofía», y un denominador también común: el respeto y el amor a la verdad y a la libertad, bajo formas distintas y en situaciones bien diversas.

En su relación con ellos, se fue retejiendo, como parte importante de la reconstrucción de la convivencia española tras la guerra civil, una parte del tejido de continuidad de la vida intelectual, que aquella había roto sin contemplaciones. Con los tres se sintió en mayor o menor acuerdo pero desde luego en radical concordia, resultante de una comunidad última de valores. A su través, sin duda, se sintió afín a los valores que esta Casa promueve y representa, en nuestra sociedad, aunque no llegara a vincularse formalmente a ella.

Marías ha representado en la vida española del siglo XX un caso ejemplar de vida que afirmó valerosamente los valores de libertad, democracia y verdad, contra vientos y mareas, y dispuesto siempre a hacer aquello que creía que había que hacer, aunque no le reportase ventajas personales, o incluso le generase dificultades y algún peligro. Un ejemplo, particularmente importante y hasta ahora desconocido, lo representa ese puñado de artículos del *ABC* republicano de marzo de 1939, cuya existencia era conocida pero cuya efectiva realidad estaba desatendida e ignorada, y de cuyo contenido hoy tiene una primicia de conocimiento esta Academia.

Ha conciliado un profundo sentido cristiano de la existencia y de la realidad con un enorme respeto hacia las múltiples formas humanas de construir el sentido del mundo, ejerciendo activamente un liberalismo que definía como el temple de aquel que no está seguro de lo que no puede estar seguro, y que por ello se halla libre de toda forma de fanatismo y fundamentalismo.

Al reivindicar su figura en esta Casa, situándolo en el contexto de esta sutil trama de interacciones e influencias con algunos de nuestros más relevantes Compañeros que he procurado delinear aquí, no busco ejercer ninguna apropiación egoísta, que pudiera ser reprobable, sino sólo resaltar la significación modélica de esa convivencia intelectual por todos ellos protagonizada, inspirada en valores de libertad, concordia y convivencia, que puede ser modelo de permanente actualidad en nuestro país, siempre tentado a abrir de nuevo las ventanas a la discordia.

BIBLIOGRAFÍA

BARBADO, M. (1946), *Estudios de psicología experimental*, 2 vols. Madrid, CSIC.

BESTEIRO, J. (1935), *Marxismo y antimarxismo*, Madrid, Gráfica Socialista.

— (2004), *Cartas desde la prisión*, Madrid, Biblioteca Nueva.

CARPINTERO, H. (2004), *Historia de la psicología en España*, Madrid, Pirámide.

CASTRO, C. (1992), *Biografía de Xavier Zubiri*, Málaga, Edinford.

ESPAÑOL, L. (2004), *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la guerra civil*, Madrid, Almena eds.

GARCÍA MORENTE, M. (1932), *Ensayos sobre el progreso*, Discurso de ingreso, Real Acad. de Ciencias Morales y Políticas, Madrid.

— (1943), *Ideas para una filosofía de la historia de España*, prol. de J. Zaragüeta, Madrid, Universidad de Madrid.

— (1952), *Lecciones preliminares de filosofía*, 5 ed., Buenos Aires, Losada (orig. 1938).

— (1945), *Ensayos*, Madrid, Revista de Occidente.

— (1987), *Escritos desconocidos e inéditos*, Madrid, Bibl. Autores Cristianos.

— (1996), *Obras completas*, ed. J. M. Palacios y R. Rovira, Barcelona, Anthropos-Madrid, Fund. Caja de Madrid, 4 vols.

GARCÍA MORENTE, M., y ZARAGÜETA BENGOECHEA, J. (1967), *Fundamentos de filosofía e historia de los sistemas filosóficos*, 6.ª ed., Madrid, Espasa Calpe.

GONZÁLEZ POSADA, A. (1932), Contestación a discurso de ingreso de M. G. Morente en la R. Academia de Ciencias Morales y Políticas (ver García Morente, 1932).

HERRERA ORIA, E. (1941), *Historia de la educación española desde el Renacimiento*, Madrid, Veritas.

LAMO DE ESPINOSA, E. (1973), *Filosofía y política en Julián Besteiro*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

LÓPEZ IBOR, J.J. (1938), *Discurso a los universitarios españoles*, Santander, Cultura Española.

MADARIAGA, S. DE (1964), *España. Ensayo de historia contemporánea*, 7.ª ed., Buenos Aires, Sudamericana.

MARÍAS, J. (1988), *Memorias.1. Una vida presente*, Madrid, Alianza.

— (1955), *Obras*, vol. I-X, Madrid, Revista de Occidente.

— (1981), *Cinco años de España*, Madrid, Espasa Calpe.

— (1993), *España ante la historia y ante sí misma*, Madrid, Espasa Calpe.

— (1998), *El curso del tiempo*, Madrid, Alianza, 2 vols.

MURO ROMERO, P. (1977), *Filosofía, pedagogía e historia en Manuel García Morente*, Jaén, Instituto de Estudios Gienenses.

PAYNE, S. (1971), *La revolución española*, Barcelona, Ariel.

PAYNE, S., y TUSELL, J. dirs. (1996), *La Guerra civil. Una nueva visión del conflicto que dividió España*, Madrid, Temas de Hoy.

PÉREZ EMBID, F. *et al.* (1953), Número extraordinario dedicado a García Morente, *Ateneo, 32*, abril 1953.

PILDAIN Y ZAPIAIN, A. (1953), *Don Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejías*, Carta pastoral, 19 septiembre de 1953, La Laguna.

PINILLOS, J. L. (1977), Prólogo a Raley, H. *La visión responsable*, Madrid, Espasa Calpe.

SABORIT, A. (1967), *Julián Besteiro*, Buenos Aires, Losada.

THOMAS, H. (1962), *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico.

ZANÓN, J. L., y CARPINTERO, H. (1981), «El P. Manuel Barbado y su "Introducción a la psicología experimental"», *Revista de Historia de la Psicología, 2(3)*: 189-223.

ZARAGÜETA, J. (1947), «Una nueva "Introducción a la filosofía"», *Revista de Filosofía*, VI (21): 297-329.

— (1950), *Filosofía y vida. I. La vida mental; II. Problemas y métodos; III. Soluciones*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 3 vols.

— (1971), *Cuarenta años de periodismo*, Madrid, Prensa Española.